

La Fe de un Oficial Romano

Mateo 8:5-13; Lucas 7:1-10; Juan 4:43-54

Jesús llegó a un pueblo. En ese tiempo, un apreciado esclavo de un oficial romano estaba enfermo y a punto de morir. Cuando el oficial oyó hablar de Jesús, envió a unos respetados ancianos judíos a pedirle que fuera a sanar a su esclavo. De todo corazón, le suplicaron a Jesús que ayudara al hombre. Le dijeron: Si alguien merece tu ayuda, es él; pues ama al pueblo judío y hasta construyó una sinagoga para nosotros.

Entonces Jesús fue con ellos; pero, justo antes de que llegaran a la casa, el oficial envió a unos amigos a decir: Señor, no te molestes en venir a mi casa, porque no soy digno de tanto honor. Ni siquiera soy digno de ir a tu encuentro. Tan solo pronuncia la palabra desde donde estás y mi siervo se sanará. Lo sé porque estoy bajo la autoridad de mis oficiales superiores y tengo autoridad sobre mis soldados. Solo tengo que decir: “Vayan”, y ellos van, o “vengan”, y ellos vienen. Y si les digo a mis siervos “Hagan esto”, lo hacen.

Al oírlo, Jesús quedó asombrado. Se dirigió a la multitud que lo seguía y dijo: ¡No he visto una fe como esta en todo Israel! Muchos quienes no son del pueblo de Israel vendrán de todas partes del mundo, y se sentarán con nuestros antepasados en la fiesta del reino del cielo. Pero muchos israelitas, para quienes se preparó el reino, serán arrojados a la oscuridad de afuera, donde habrá llanto y rechinar de dientes.

Cuando los amigos del oficial regresaron a la casa, encontraron al esclavo completamente sano. Y tanto él como todos los de su casa creyeron en Jesús.